

Discurso

Entrega de la Medalla de la Universidad de Salamanca al Coro Universitario y al Coro de Cámara

Discurso de agradecimiento de Bernardo García-Bernalt, director del Coro Universitario y del Coro de Cámara

Comunicación Universidad de Salamanca / 28/06/2025

Permítanme comenzar este agradecimiento aclarando algo obvio: no lo hago en primera persona del singular, sino del plural. Por ello, cambiando nuestra ubicación habitual en el Paraninfo, me acompañan en este estrado mis queridos compañeros que integran actualmente el Coro Universitario y el Coro de Cámara. Estas medallas que hoy tengo el honor de recoger en su nombre pertenecen a muchas voces. A miles de voces. Son de las generaciones de coralistas que han entregado su tiempo, su entusiasmo y su talento a lo largo de tres cuartos de siglo.

Muchos de ellos estáis hoy aquí; otros, dispersos por el mundo, nos acompañan con el hilo invisible de la memoria compartida; algunos, como el fundador del Coro Universitario, Jesús García-Bernalt —mi padre—, ya no están entre nosotros, pero siguen presentes en cada ensayo, en cada concierto, en cada nota que cantamos. Esta distinción es también, y sobre todo, suya.

Que la Universidad haya decidido honrar así a sus dos coros es un gesto que nos conmueve profundamente. No solo por el reconocimiento en sí, sino también porque implica una mirada lúcida y generosa hacia una actividad tan paradójicamente silenciosa como constante. La música coral se construye con la materia humilde del tiempo, del esfuerzo compartido, de la escucha mutua. Se hace, como tantas cosas valiosas, con naturalidad, anteponiendo lo colectivo a lo individual y siempre desde la convicción de que el arte, aunque sea de modo casi invisible, transforma. La música, como nos recuerda Zitarrosa en ese canto que muchos de vosotros habéis compartido, crece desde el pie, y con un poco de fe hace que los tambores florezcan.

En estos años, los coros de nuestra Universidad han sido muchas cosas; Pedro las ha mencionado en su generosa intervención. Han sido embajadores culturales de

Salamanca y de su Estudio, llevando la música española —y no solo— por múltiples escenarios nacionales e internacionales. Han contribuido a la difusión y a la recuperación de repertorios poco conocidos, devolviendo vida a partituras olvidadas y, con ellas, a una parte del alma de nuestro pasado. Han servido a la institución en sus momentos solemnes, acompañando con dignidad y emoción los ritos académicos que nos recuerdan lo que somos. Y han sido, también, espacios formativos de enorme valor, auténticas escuelas de vida donde se educa el oído y la voz, pero también la sensibilidad, la responsabilidad, el trabajo en equipo, el respeto al otro.

Sin embargo, si tuviera que destacar una sola cualidad, una sola dimensión que hace de nuestros coros algo profundamente valioso, sería esta: ambos han sido, desde su fundación, un hogar. Un lugar de encuentro donde personas muy distintas —de diferentes edades, disciplinas, nacionalidades, trayectorias vitales— han encontrado un vínculo común, un lenguaje compartido, una forma de habitar la Universidad desde la emoción, desde la belleza, desde la amistad y desde el compromiso.

No es fácil explicar lo que ocurre en un coro. No basta con hablar de respiraciones, de fraseo, de armonía, de afinación, de retórica. Cantar juntos no es solo una cuestión técnica: es una forma de crear comunidad. De aprender a escuchar, a esperar, a ofrecer lo mejor de uno mismo sin acallar a los demás. De encontrar un espacio donde lo individual solo vale si engrandece lo colectivo.

Y en tiempos como los nuestros, donde el ruido a menudo sustituye al diálogo, donde la prisa reemplaza a la pausa, donde lo inmediato eclipsa lo duradero, esa vivencia tiene un valor inestimable. Nuestros coros han sido —y siguen siendo— espacios para la humanidad y el humanismo dentro de la Universidad. Son pequeñas utopías sonoras donde se cultivan valores que hoy son más necesarios que nunca: la paciencia, la disciplina, la generosidad, la escucha, el sentido de pertenencia. Los coros son, sin duda, capital social del Estudio. Un capital que enriquece a la institución más allá de lo cuantificable. La práctica coral nos recuerda algo esencial: que la Universidad no solo forma profesionales, sino ciudadanos sensibles, abiertos, capaces de trabajar en equipo, de emocionarse, de construir juntos. Y si es cierto, como afirmaba Francisco Salinas, que “no hay mayor utilidad que la que produce la música, porque por ella nos hacemos más humanos, más morales y más doctos”, entonces la música coral no es un adorno, ni un lujo, ni un accesorio: es una necesidad. Una necesidad que nos humaniza, nos educa y nos vincula.

No puedo dejar de agradecer, en este momento, el apoyo que la Universidad ha brindado a sus coros. No ha sido algo meramente institucional, sino más profundo: ha sido, muchas veces, cariño. Quien ha trabajado en el día a día con los equipos rectorales, con Protocolo, con el Servicio de Actividades Culturales, con las facultades, sabe que los coros han sido siempre recibidos con afecto, con respeto y con entusiasmo. Y esa

complicidad ha sido fundamental para que nuestras agrupaciones hayan podido desarrollarse y crecer.

Hoy también me atrevo a pedir: que ese apoyo continúe, que se refuerce, que se cuide. Porque cuidar a los coros es cuidar la vida universitaria en su dimensión más rica y más humana. Es cuidar la experiencia integral de quienes pasan por nuestras aulas. Es sembrar belleza, comunidad, memoria, excelencia: es sembrar Universidad.

Hoy es un día de celebración. Pero también de recuerdo, de gratitud y de compromiso. Celebramos los 75 años del Coro Universitario y los 40 del Coro de Cámara, sí. Pero celebramos, sobre todo, una forma de estar en el mundo: cantando juntos, con todo lo que eso implica y enseña. Porque cada vez que cantamos, reactivamos un rito que no pertenece a un solo tiempo ni a un solo lugar, sino que se renueva en cada voz y se transmite como un legado vivo. Nuestros coros son una memoria que respira, un presente que vibra y un futuro que se ensaya. Mientras sigamos cantando, seguiremos haciendo Universidad.

Permítanme, permitidme, antes de terminar, una breve digresión personal. Quiero dar las gracias, desde lo más hondo, a todas las personas que han compartido conmigo esta aventura coral: a quienes cantaron a mi lado cuando yo también era uno más entre las voces; a quienes me precedieron y marcaron el camino; y, especialmente, a quienes me han acompañado durante tantos años como director —y me han soportado como tal— con una generosidad, una paciencia y una entrega que me han enseñado más de lo que nunca podré expresar. A todos vosotros, gracias por vuestra música, sí... pero sobre todo gracias por vuestra confianza, por vuestra amistad, por todo lo que me habéis dado sin pedirlo. He tenido en vosotros los mejores maestros posibles.

Y gracias, claro está, a la Universidad de Salamanca por acoger nuestras voces, por ser siempre nuestra casa y por ayudarnos a ser parte de algo que nos trasciende.

Muchas gracias.
